Misioneros de los Sagrados Corazones
de Jesús y María (Mallorca)

Casa Central
Virgen del Sagrario, 22 - 4º
28027 MADRID (España)

Reg. Sup.Gen.: 06/2017/04

Madrid, 15 de junio de 2017.

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS SS.CC.,

EJE TRANSVERSAL DEL PLAN DE FORMACIÓN (I)

Queridos hermanos y hermanas Congregantes, Laicas y Laicos M.SS.CC., colaboradores de los Centros Educativos Joaquim Rosselló, de la Fundación Concordia Solidaria, de Misiones SS.CC. - Procura y todos aquellos y aquellas que, de un modo u otro, os sentís vinculados a nuestra familia misionera y sacricordiana:

Sabéis que, durante el pasado mes de febrero, un nutrido grupo de M.SS.CC. (EAG, Delegados, Formadores, Inter10…) estuvimos reunidos en Lluc para abordar la revisión y actualización de nuestro Plan de Formación. El proceso, apenas iniciado, será largo y nos conducirá hasta el próximo Capítulo General que se celebrará a principios del año 2020.

Aun reconociendo sus muchos valores y la actualidad fundamental de dicho Plan, pudimos constatar algunos aspectos en los que nos gustaría mejorarlo y enriquecerlo. Uno de ellos se refiere a su orientación carismática o, dicho de otra manera, a la necesidad de explicitar aún más claramente que es la espiritualidad de los Sagrados Corazones la que le sirve de *'eje transversal'*.

En esa misma reunión se me encargó ofrecer algunas pistas que nos ayuden a reflexionar en esa línea y es eso lo que me dispongo a hacer en esta carta que tradicionalmente os envío cuando nos disponemos a celebrar un año más la fiesta de nuestros Titulares.

Lo que aquí os presento se corresponde con el *'Índice'* del Plan renovado que fue aprobado en la reunión mencionada y que se contiene en los *'Documentos'* que ya se han enviado. En esta carta me limitaré a desarrollar los tres primeros apartados, dejando el cuarto (*'Una espiritualidad inspirada en el Fundador'*) para la que os remitiré en el mes de agosto, en torno a la fiesta de la Fundación.

Quiero también dejar claro desde ahora que, en todo lo que digamos, no nos referimos sólo a la formación inicial de los religiosos. Pensamos también en la formación permanente y en la formación de y con l@s laic@s, tal es la amplitud y el carácter inclusivo que queremos dar a un Plan que ha de englobar todas las etapas formativas y que lo ha de ser para toda la Familia Sacricordiana.

A modo de introducción

El gran principio inspirador de cualquier plan de formación no puede ser otro que el Evangelio. Pero cada carisma, que es un don del Espíritu para toda la Iglesia, nos invita a leerlo y vivirlo desde una perspectiva particular. Se subrayan así algunos aspectos que acentúan lo más propio de un determinado modo de entender el discipulado y la misión, aunque ninguno de ellos agote la riqueza del misterio de Cristo.

Por eso podemos decir que la espiritualidad de los SS.CC., tal y como la entendió y vivió el Fundador y ha quedado plasmada en nuestras Reglas, puede ser considerada como ese *'eje transversal'* que nos ayuda a definir los grandes principios que estructuran nuestra formación. Porque es ella la que ilumina, motiva y da forma y sentido a nuestro modo de encarnar la Buena Noticia de Jesús.

Hablamos de *'eje transversal'* porque buscamos un principio que atraviese, vertebre y vincule entre sí los diferentes elementos integrantes del Plan de Formación. De este modo se muestra su organización y su coherencia interna a partir de esa experiencia fundamental -mística y profética a la vez- que nos hace testigos del Dios-Amor, contemplativos, seguidores y enviados del Traspasado.

Queremos, en definitiva, que nuestro Plan de Formación sea ese instrumento básico y necesario para edificar nuestra Familia Sacricordiana que no disimule su color y su sabor carismáticos, que beba de la misma fuente de la que mana la espiritualidad que nos da nombre e identidad en la Iglesia. Sólo así seremos en ella lo que estamos llamados a ser, ese *'competente socorro donde la vida reclama'*, esa respuesta adecuada y oportuna, fiel y creativa a la vez, que hoy nos piden los Sagrados Corazones.

Una espiritualidad centrada en el corazón

'Para lograr esta unidad de vida,
nos inspiramos en la espiritualidad
de los Sagrados Corazones' (Reglas 2).

Lo primero que hay que poner en evidencia al hablar de la espiritualidad sacricordiana es que se trata de una *espiritualidad del corazón*. Esto, que a primera vista puede parecer una obviedad, tiene importantes consecuencias a la hora de definir un determinado modelo formativo.

Dejemos claro desde el principio que de lo que vamos a hablar aquí no es ni de anatomía ni de fisiología cardiaca. Nos situamos en el mundo de los símbolos, que tiene sus reglas particulares a la hora de captar sentidos y sugerir significados. En este ámbito, el 'corazón' es mucho más que el músculo impulsor de la sangre, convirtiéndose en una palabra-fontal cargada de hondas resonancias que podemos reconocer en todas las lenguas y culturas.

Hay que señalar, sin embargo, que, en nuestro mundo occidental, el 'corazón' aparece a menudo como un símbolo devaluado cuyo significado ha quedado muy empobrecido y limitado al campo de la sensibilidad -cuando no de la sensiblería- del que se abusa en torno a la fiesta de San Valentín para comercializar un 'amor' más bien *light* y rebajado.

De ahí que sea preciso volver decididamente a la Sagrada Escritura. En ella el 'corazón' adquiere una densidad antropológica muy especial pues designa a la persona como tal, considerada desde su dimensión de interioridad y profundidad, de modo que este término evoca y abarca como ningún otro el misterio insondable del ser humano.

En efecto, el 'corazón' aparece en la Biblia como ese 'centro' vital de la existencia en torno al cual todas las dimensiones del ser se unifican, estructuran y armonizan. Ese 'núcleo' íntimo donde la persona se define y se determina libremente su orientación fundamental. Ese 'foco' oculto en el que confluyen las facultades y desde el que irradia y se ilumina lo que el ser humano es, hace y significa. Esa 'raíz' interior que nutre y hace madurar sus opciones y decisiones más propias. Ese 'motor' secreto que mueve desde dentro, impulsa y dinamiza las actitudes esenciales que definen la verdadera identidad.

La antropología de los griegos concebía al hombre como un compuesto de dos principios diversos y separables: el alma y el cuerpo, afirmando que sólo el primero de ellos es bueno, espiritual e inmortal y achacando al segundo todo lo que de material, limitado y pecaminoso hay en la persona.

La antropología bíblica, en cambio, imagina al ser humano como una unidad indivisible en la que, eso sí, es posible distinguir diferentes dimensiones. Encontramos así trazada en la Escritura una especie de 'anatomía simbólica' donde cada parte u órgano del cuerpo físico 'aloja' diversas facultades humanas. Los 'riñones', por ejemplo, son imaginados como la sede de los impulsos sexuales, las 'narices' albergan la ira y la compasión se localiza en las 'entrañas'.

El 'corazón', por su lado, es sujeto de tantas acciones ('comprende', 'discierne', 'desea', 'conoce', 'escucha', 'ama', 'siente', 'proyecta', 'decide', 'se alegra'…) que, de hecho, engloba toda la vida intelectiva, síquica, moral y religiosa: entendimiento, memoria, voluntad, afectos, temperamento, emociones, sentimientos… Por eso equivale al 'hombre interior' y podría

identificarse con eso que solemos llamar la ‘conciencia personal’ o ‘conciencia profunda’. En él se asientan todas las actividades del espíritu porque en la Biblia, ‘razón’ y ‘co-razón’ no se contraponen. Lo ‘racional’ y lo ‘cordial’ aparecen integrados en una síntesis equilibrada.

En coherencia con esta perspectiva, no es extraño que nuestras Reglas presenten la espiritualidad de los Sagrados Corazones como *‘inspiradora’* a la hora de lograr esa *‘unidad de vida’* que es la meta del proceso formativo y consiste en integrar y armonizar las diversas dimensiones de nuestra vocación contemplativa, comunitaria y misionera (Reglas 2 y 78).

Para la Sagrada Escritura, el ser humano es lo que es su corazón. Con él conoce y en él se le conoce sin engaño. Por eso es el ámbito privilegiado para la relación con Dios (1Sam 16,7; Os 2,16). En él se localizan las *‘fuentes de la vida’* (Prov 4,23) de las que puede brotar lo mejor y lo peor (Eclo 37,17-18; Mc 7,21-23). En él se fragua el pecado y madura la conversión, de modo que no es extraño que los profetas anunciaran la utopía de la salvación mediante la metáfora del ‘corazón nuevo’ (Ez 36,26). Una utopía que para nosotros se ha realizado en los Corazones de Jesús y de María, en los que Dios nos hace su particular oferta de una humanidad plena y recreada.

Aterrizando en lo que aquí nos interesa, hemos de concluir que una formación animada e inspirada por una espiritualidad sacricordiana entendida al modo bíblico, ha de ser:

- Una formación que debe atender a la maduración de la persona entera e interesarse por todas sus dimensiones (razón, voluntad, sensibilidad, afectividad…) de modo orgánico, equilibrado, interrelacionado y armónico. Una formación integral e integradora que se preocupa no sólo de lo intelectual sino también de lo humano, lo espiritual y lo pastoral (Cfr. Reglas 111 y 113). Una formación que promueve el *‘crecimiento desde el corazón’* (Directorio 340 g) y está orientada a alcanzar la *‘unidad de vida’*.

- Una formación que atañe al *‘centro personal’* y por eso mismo concentra y estructura existencialmente al sujeto en torno a lo nuclear, más allá de cualquier descentramiento, fragmentación y dispersión. Una formación que no se conforma con cambiar comportamientos epidérmicos o promover adhesiones inconstantes, sino que trabaja lo más profundo y trata de afianzar actitudes, valores, motivaciones y opciones que favorezcan compromisos estables y definitivos en medio de una realidad compleja y cambiante.

- Una formación que cuida *‘las fuentes de la vida’* y cultiva la interioridad -especialmente en la práctica de la oración- no como excusa para el narcisismo o ‘zona de confort’ donde aislarse del mundo, sino como manantial escondido donde brota el Espíritu (Jn 7,37-39) y desde el que la persona se encuentra de cara a sí misma, se construye, se orienta, se expresa y se relaciona con Dios y con los demás.

- Una formación que pone en condiciones de conocer el propio mundo interior (afectos, heridas, miedos, cualidades, posibilidades…) para curar lo que está dañado y explotar los dinamismos y capacidades que mueven e impulsan desde lo más íntimo. Una formación que ayuda a conectar con el *yo-profundo* y a vivir desde dentro hacia afuera y no al revés.

- Una formación que invita a ir al fondo de uno/a mismo/a, de las personas y de los acontecimientos. Una formación que ofrece claves y recursos para leer la realidad con verdadera

hondura. Una formación que, a imagen del Corazón contemplativo de María, busca descubrir el paso de Dios por la historia sin dejarse determinar por lo superficial, lo anecdótico o lo inmediato.

Una formación que acompaña para avanzar en un continuo proceso de discernimiento y conversión gestionado desde la conciencia personal. Una formación de la que cada cual es sujeto y protagonista. Una formación que ayuda a caminar en la responsabilidad y en la libertad de los hijos de Dios encauzando la orientación interior en dirección a la búsqueda prioritaria del Reino.

Una formación, en definitiva, que toca el nivel más profundo de cada cual y no sólo la corteza. Una formación que deja huella en lo más íntimo y transforma desde dentro. Una formación humanizada y humanizante, inspirada en la promesa del *'corazón nuevo'*. Una formación verdaderamente personalizada y personalizadora, consciente de que *'el Espíritu… no suele guiar a todos por un mismo camino'* (Reglas 59).

Una espiritualidad dinamizada por el amor

'La Congregación de Misioneros de los Sagrados Corazones se declara animada por el sólido fundamento del amor' (Reglas 132).

A partir de la Edad Media, el corazón se fue convirtiendo cada vez más en símbolo del amor, tanto en el sentido profano como religioso. Como ya hemos visto, éste no es el significado específico que le concede la Biblia, aunque tampoco lo excluye (Dt 6,5). De hecho, la Sagrada Escritura localiza el mundo de los afectos más bien en las entrañas (maternas) donde se alojan la capacidad de ternura, la compasión y la misericordia.

La devoción clásica a los Sagrados Corazones, tal y como fue fraguando a lo largo de los siglos, es una buena prueba de tal 'desplazamiento simbólico' pues se apropió de este significado 'afectivo' -*'cordial'* podríamos decir- por encima de cualquier otro. No en vano, el P. Joaquim Rosselló, heredero de esa tradición espiritual, los contemplaba como *'el centro de la más ardiente caridad y el foco del amor más puro'*.

Sobre la evolución histórica de esa espiritualidad no podemos extendernos demasiado. Baste decir que fueron sobre todo los/as místicos/as medievales quienes, entrando por la puerta abierta en la herida del costado de Jesús, llegaron hasta su Corazón para contemplarlo como fuente del *'amor más grande'* (Jn 15,13). La lectura alegórica del Cantar de los Cantares (y especialmente de Cant 4,9: *'Me has herido el corazón'*) ayudó a realizar ese 'descubrimiento'.

Es importante subrayar que el 'amor' que se nos muestra en el 'icono' del Corazón traspasado de Jesús es ése que en la Escritura se llama *'ágape'* (1Cor 13). Un amor de caridad que no se reduce a puro sentimiento o a emociones pasajeras, sino que quiere y busca el bien del otro y es expresión de servicio desinteresado, de donación gratuita, del ser-para-los-demás. Un amor que no pone límites y es capaz de gastar la vida, derramándola totalmente sin pedir nada a cambio. Un amor que llega hasta el extremo (Jn 13,1).

Con todo, el amor que se revela en el Traspasado no excluye sino que integra armónicamente el *'eros'* y la *'filia'*. El primero es el amor del fuego y la pasión, del deseo y la atracción que busca la unión con el ser amado. Ese que, como dice el Fundador, es *'ardiente caridad'* y *'desea atraer a todos hacia sí para comunicarles su felicidad eterna'* (Reglas 7). El segundo es el amor que vincula a los iguales y Jesús también nos ha llamado *'amigos'* (Jn 15,14-15). Así lo recuerda el P. Joaquim en sus 'Piadosos Ejercicios': *'Creed a Jesús cuyo Corazón de amigo os ama tanto que no tan sólo no ha engañado jamás a nadie, sino que ha hecho felices a cuantos han oído su voz y han seguido su palabra'.*

Es en ese contexto donde hay que situar y entender esa 'definición' de lo que en realidad es un misterio inefable: *'Dios es amor'* (1Jn 4,8.16). Una afirmación que toca el núcleo de la Revelación y se identifica para nosotros con *'la buena noticia del Evangelio'* (Reglas 13). Una declaración que, más que querer captar la 'esencia' de la divinidad, racionalmente inalcanzable, se refiere sobre todo a su manifestación misericordiosa, fiel y perseverante a lo largo de toda la Historia de la Salvación, dándonos así la clave para entender la auténtica motivación de fondo de toda su actuación a favor del Pueblo (Dt 7,7-9; Os 11). Una experiencia que constituye el *'centro'* de nuestra espiritualidad como M.SS.CC. (Reglas 7).

Por eso podemos decir que Dios tiene Corazón y que su amor se ha encarnado como en ningún otro lugar en Jesús *'que amó con corazón de hombre'* (GS 22), movido por la confianza y la obediencia al Padre, por la compasión y la misericordia, *'especialmente con los más pobres y necesitados'* (Reglas 9). Más todavía, ha encontrado su expresión más profunda y conmovedora en la entrega total de su Hijo hasta la muerte de cruz (Jn 3,16). Así lo afirman también nuestras Reglas inspirándose en las mismas palabras del P. Joaquim:

'Su signo más expresivo es Jesucristo levantado sobre la cruz, a quien contemplamos con el corazón traspasado. Llagado lo tiene para que conocieran todos hasta dónde pudo llegar su amor' (Reglas 10).

Como dice el Papa Francisco, Dios *'primerea'* en el amor. Es él quien se adelanta y toma la iniciativa. Es él quien nos amó primero. Nosotros hemos conocido ese amor y hemos creído en él (1Jn 4,16). Y es esa experiencia del amor de Dios, paternal y maternal, lleno de ternura, de fidelidad y de indulgencia, de capacidad de perdón y de clemencia, que se nos ha revelado en los Sagrados Corazones, la que está en la raíz de nuestra llamada y consagración. Es ella la que constituye el *'principio dinámico que penetra, orienta y da sentido'* a nuestra vida y a nuestra misión, tal y como lo afirma la particular profesión de fe plasmada en nuestro Credo M.SS.CC. (Reglas 8 y15; Directorio 6).

Pero el amor exige dar un paso más, en cierto modo paradójico. En efecto, en vez de pedir una estricta correspondencia *('Amadme como yo os he amado'*), el Dios que nos ama sin medida nos empuja a amar al prójimo (1Jn 3,16), porque sólo así será verídico y verificable el amor que le debemos a Él (1Jn 4,20-21).

Por eso nuestra vocación sacricordiana no tiene sentido ni coherencia si no es para *'buscar la primacía del amor'* (Reglas 88). Un amor que nos atrae y nos habla al corazón en la contemplación (Reglas 54). Un amor que nos convoca y nos mantiene unidos con *'un solo corazón'* en la comunidad (Reglas 2, 3 y 7). Un amor que nos estimula insistentemente a conectar con la lógica del *'mandamiento nuevo'* (Jn 13,34). La misma lógica que nuestro Fundador se permitió reformular en categorías carismáticas al urgirnos a amarnos fraternalmente *'como los Sagrados Corazones de*

Jesús y de María nos aman' (Reglas 3). Un amor, en fin, que nos empuja a la misión para que, encarnados en cada Iglesia local, nos sintamos enviados a *'encender en los corazones las llamas de la caridad'* (Reglas 2 y 7).

¿Cómo afecta todo esto al modelo formativo? ¿Qué significa formar para el amor en una Congregación que lleva el nombre de los Sagrados Corazones? Una mirada a nuestras Reglas puede darnos claves para responder.

Significa formar para que la experiencia del Amor de Dios se constituya en el verdadero principio dinámico que movilice toda nuestra vida cristiana, consagrada y misionera (Reglas 15). Formar para modelar concretamente nuestra vocación a contemplar, vivir, compartir fraternalmente y anunciar la *'ardiente caridad'* de los Corazones de Jesús y de María.

Significa formar para que, a ejemplo del P. Joaquim, el amor se convierta en 'centro' visible de nuestra espiritualidad y en motivo gozoso de nuestra consagración bautismal o religiosa (Reglas 14). Formar para una contemplación que sea encuentro personal y diálogo cordial con el Amado. Formar para que *'la intensa caridad fraterna'* impregne nuestros grupos y comunidades (Reglas 3). Formar para una misión donde seamos portadores y testigos de ese Amor que es como un Fuego llamado a extenderse por todas partes.

Significa formar en coherencia con los principios expresados en el Credo M.SS.CC. (Reglas 15). Formar para no adoptar posturas de condena o a la defensiva frente a un mundo y una sociedad 'secularizados' o simplemente 'indiferentes'. Formar en la lógica del Cántico del Corazón de María (Lc 1,46-55), para no encumbrarnos sobre plataformas o actitudes de autoridad o privilegio, sino para creer en el poder del amor que se concreta como servicio.

Significa formar en un estilo coherente con el *mandamiento nuevo*. Formar desde un amor que libera, promueve, confía, ayuda, anima, hacer crecer… Formar para promover la fraternidad y la comunión, el sentido de familia, el diálogo, el encuentro y la participación de todos.

Significa formar para *'penetrarnos de los sentimientos de Jesús'* (Reglas 58) y suscitar la identificación con sus actitudes más cordiales: la compasión, la ternura, la cercanía, la empatía, el perdón, la solidaridad. Formar para que *'en nuestra vida y en nuestra predicación hagamos presente la misericordia del Corazón de Jesús'* (Reglas 64).

Significa formar para aquilatar el amor, discernir las motivaciones y desenmascarar los engaños a veces muy sutiles del individualismo. Formar para liberarse del egoísmo y de todo desamor tanto en la vida espiritual como en la comunidad y en la misión. Formar para poder decir con convencimiento y coherencia que *'hemos conocido el amor'*.

Significa, en fin, formar para la confianza en la *'gran misericordia'* de Dios Padre que se nos ha manifestado en los Corazones traspasados de Jesús y de María (Reglas 107). Formar para 'permanecer' en ese *amor-ágape* que no se reduce a sentimientos sino que compromete toda la existencia en fidelidad. Formar para vivir *'movidos por amor y porque deseamos de todo corazón agradar y servir al Señor, que tanto nos ha amado'* (Reglas 33).

Una espiritualidad que mira y sirve al Traspasado en los traspasados

'La medida apostólica se vislumbrará en las manifestaciones del amor ardiente a los Sagrados Corazones, que empujan a descubrir a los traspasados de este mundo' (Directorio 209 b).

La devoción o espiritualidad de los Sagrados Corazones hunde sus raíces en la Escritura pues, aunque no nace 'directamente' de la Biblia, tiene su origen histórico en esa invitación que el evangelista Juan nos hace de 'Mirar al Traspasado' (Jn 19, 31-37).

De hecho, podríamos decir que es el resultado de un largo proceso de *'Lectio divina'* -lectura creyente, orante, perseverante- del pasaje de la Transfixión de Jesús. Un episodio con una tremenda densidad simbólica cuyo sentido se ha ido enriqueciendo y profundizando aún más a través de los siglos gracias a la mirada de fe que los contemplativos, pastores, teólogos y místicos de todos los tiempos han dirigido a su costado vulnerado en la cruz. A través de ese acceso abierto se llegará poco a poco, como ya hemos dicho más arriba, a la contemplación de su Corazón, 'enfocando' de este modo y desde una perspectiva concreta el misterio de Cristo.

Esta escena nos sitúa en el centro del Misterio Pascual y condensa como ninguna otra el Evangelio de la Misericordia. El Humillado-Traspasado es a la vez el Exaltado-Glorificado. El Cordero sacrificado y degollado que, no obstante, se mantiene en pie y controla el proyecto de Dios sobre la historia (Ap 5,6-10). El que ha muerto en la cruz como un delincuente pero se convierte en fuente de Agua Viva (Jn 7, 37-39) de la que mana toda gracia y liberación. La hendidura supurante que la lanza abrió en su cadáver se transforma así en matriz que da a luz al Espíritu, la Palabra, los Sacramentos (Bautismo/Agua – Eucaristía/Sangre) y la misma Iglesia (Reglas 9).

Lo que a los ojos humanos podría ser visto como una tragedia causada por el odio, la injusticia y la violencia se revela como resultado del Amor del Dios-Trinidad que se entrega sin reservas. En el Corazón cruelmente desgarrado de Jesús, el Hijo, culmina toda la Historia de la Salvación. Ahí queda narrada la parábola más elocuente de la compasión entrañable del Padre por la humanidad. Desde el costado atravesado del Mesías brota un Espíritu de benevolencia que regenera a todos los pueblos (Zac 12,10).

Y para que se vea aún más claro, el mismo Resucitado seguirá apareciéndose a los discípulos como el Traspasado, sin disimular ni maquillar las cicatrices de su pasión (Jn 20,20.27). Les mostrará sus heridas como signo de identidad, para que no se olviden las motivaciones profundas de su existencia encarnada *'hasta las últimas consecuencias'* (Reglas 9). Así queda bien claro que la plenitud humana, manifestada en el Cristo Pascual, no consiste en acumular poder, saber o tener, sino en amar hasta dar la vida.

Pero el drama pascual sigue siendo un drama vigente en nuestro mundo. A no ser que no queramos ver y demos un rodeo, las cunetas de la historia están llenas de hombres y mujeres que hoy siguen crucificados por el desamor. Son esos que tienen su corazón roto y lacerado como el de Jesús por del hambre, la pobreza, la enfermedad, la guerra, la falta de cultura, el paro, la violencia de cualquier género, la injusticia, la persecución, el fundamentalismo, la destrucción de la casa común… Son los mismos a los que Jesús se acercó, acogió y sirvió preferencialmente durante su

vida. Con ellos se identificó en su pasión y muerte. Sus llagas son las mismas llagas de Cristo (Mt 25, 35ss). Y nosotros, como buenos samaritanos, estamos llamados a acercarnos y curarlas con la medicina de la misericordia (Lc 10, 25ss; cfr. Sal 147,3).

Ninguna espiritualidad que se declare cristiana puede evadirse de la realidad. Ninguna puede dejar de preguntarse cuál es el *'competente socorro'* que está llamada a ofrecer ante las necesidades y carencias desde las que la vida reclama una respuesta. Por lo tanto, la contemplación del Traspasado nos obliga a mirar también a los 'traspasados' y a reaccionar ante su dolor. Y ésa es la verdadera *'reparación'* que nos exige el Corazón de Jesús, que *'sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia pueda ser construida la tan deseada civilización del amor'* (Juan Pablo II).

En consecuencia, l@s M.SS.CC. nos situamos al pie de la cruz, al lado de María (Jn 19,25-27) que supo permanecer junto al Traspasado sin apartar de él su mirada, aunque una espada se hundía también en su corazón (Lc 2,35). De ella aprendemos esa actitud creyente, solidaria y esperanzada del que sabe estar presente no *pasivamente*, sino *com-pasivamente* junto a los que sufren. *'La preciosa sangre que salió del Corazón de Jesús al ser atravesado por la cruel lanzada y los dolores del Corazón de María nos mueven a vivir nuestra consagración a Dios gastando nuestra vida por los hermanos'* (Reglas 34). Así nos identificamos también con el 'discípulo amado' y las mujeres que acompañaron a Jesús hasta el final.

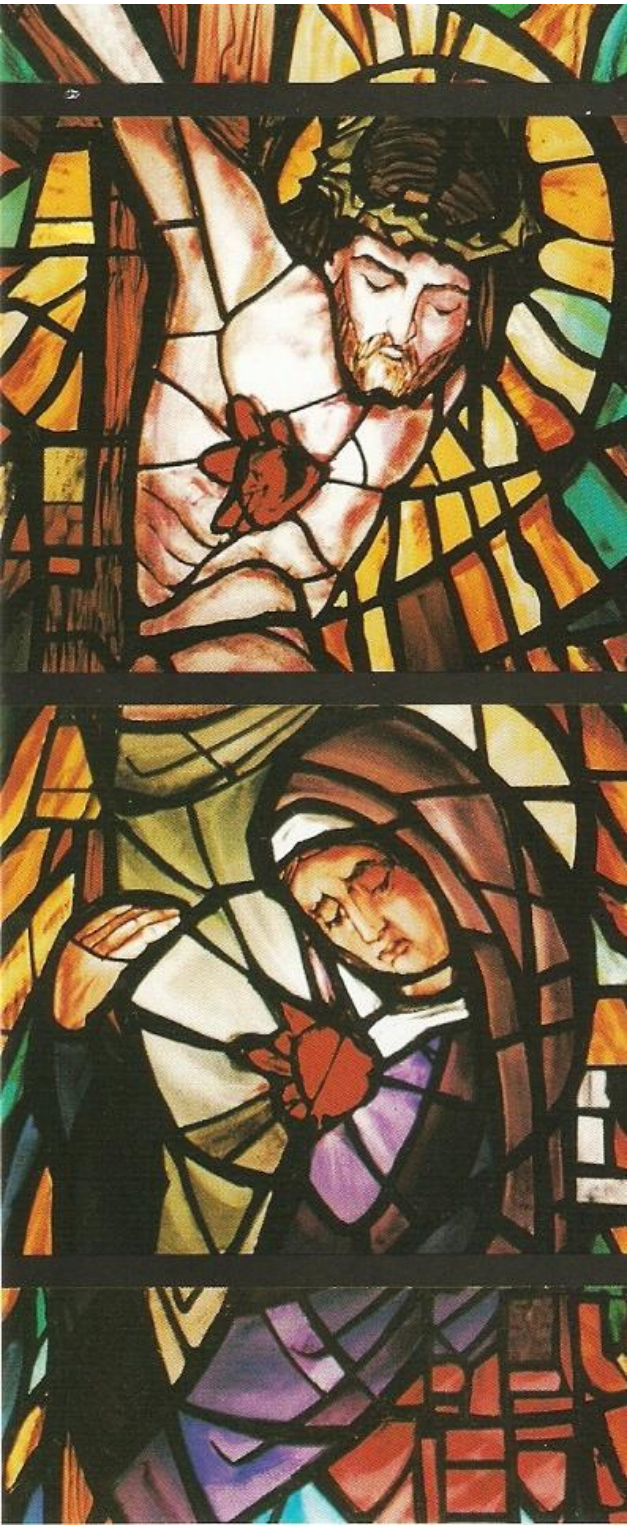
De ahí que nuestra familia misionera haya traducido y actualizado la tradición carismática recibida de nuestros mayores con un lema que quiere expresar la solidaridad con esa humanidad doliente que se deriva de una verdadera devoción a los Sagrados Corazones: *'Servir al Traspasado en los traspasados'.* Un lema que no se ha quedado sólo en palabras, sino que se concreta en una determinada actitud pastoral hacia los pobres, en un estilo encarnado de ser misioneros populares de la Palabra y en multitud de iniciativas de carácter social promovidas especialmente desde 'Fundación Concordia Solidaria' y 'Misiones SS.CC.-Procura'.

En definitiva, no olvidamos que mirar al Traspasado de la cruz y tocar el cuerpo llagado del Resucitado nos invita a la esperanza. Su costado violentamente abierto ha sido 'glorificado' y transformado en un surtidor del que brotan el perdón y la reconciliación (Jn 20,20-23). Sus heridas nos han curado (Is 53, 5). Por eso amar con un corazón semejante al suyo es algo con sentido. Cualquier proyecto humanizador que se proponga *'vendar las heridas'* a los *'quebrantados de corazón'* tiene futuro porque lleva el sello de Dios (Sal 147,3).

¿Qué actitudes debería suscitar y fomentar una formación comprometida con el lema congregacional que nos urge a *'servir al Traspasado en los traspasados'*? Entre otras podrían ser las siguientes:

- Mirar al Traspasado para identificarnos cordialmente con su propuesta de fidelidad al proyecto del Padre, de servicio y de donación a favor de los demás. Encarnar una mística de 'corazón abierto' a Dios y a los hermanos tanto en la oración como en la comunidad y la misión.

- Situarnos junto al Corazón contemplativo y solidario de María para aprender a 'estar' al lado de los que sufren, dejando que su dolor 'toque' nuestros corazones y afecte a nuestras opciones.



- Aprender del Corazón de Jesús a transformar las heridas -las propias y las de los otros- en manantiales, curándolas con el aceite y el vino de la misericordia.

- Ser ‘competente socorro’ y buscar las respuestas carismáticas que hoy nos reclaman los traspasados de nuestro mundo.

- Facilitar instrumentos que nos ayuden a acompañar con esperanza a tantas personas que tienen quebrantado el corazón.

- Entrenarnos en un estilo pastoral cercano a los sencillos que nos haga verdaderos misioneros populares preocupados por anunciar la Buena Noticia a los pobres.

- Formarnos en ambientes cercanos a los traspasados, viviendo con ellos y/o participando activamente en los proyectos de Fundación Concordia o de otras iniciativas solidarias.

A modo de conclusión

Mi reflexión se detiene por ahora aquí. Como dije más arriba queda un cuarto punto que desarrollaré en la carta que suelo escribiros el 17 de agosto.

Espero que estas líneas nos ayuden a reflexionar sobre las dimensiones más carismáticas de nuestra formación, de modo que nuestro Plan se perciba como verdaderamente fundamentado en la espiritualidad sacricordiana heredada de nuestro Fundador.

Deseando que podáis celebrar estos días de fiesta en un ambiente fraternal donde cada vez se estrechen más los *lazos de caridad* entre todos y todas, me despido cordialmente en los Sagrados Corazones:

P. Emilio Velasco Triviño, M.SS.CC.
Visitador General.

Teléfonos: (34) 91 7255913 - 91 3613387 – Fax: (34) 91 3613815
E-mail: superior.general@msscc.org / www.msscc.org / www.fundacionconcordia.org

Para Orar y Compartir

Por si alguna comunidad o grupo desea utilizar esta carta para un día de retiro o de formación ofrecemos algunas pautas para la oración y la reflexión:

Momento personal:

1. Lee la carta contemplativamente, sin prisas, implicando no sólo la inteligencia, sino también el corazón. Fíjate en lo que te 'toca' de un modo especial, lo que mueve tus sentimientos, lo que te invita a algún cambio de mentalidad o de actitud y te llama a la 'conversión'. Subraya alguna frase con la que te identificas por alguna razón.

2. Detente allí donde encuentres algo que te invita a transformar en oración lo que lees. Ora dando gracias, pidiendo perdón, presentando una necesidad… o simplemente haz un momento de silencio en adoración.

Momento de grupo:

3. Compartimos con el grupo a partir de la lectura/oración realizada en el paso nº 1.

4. Dependiendo del tiempo que tengáis podéis profundizar en los tres apartados o en uno o dos de ellos. Fijaos sobre todo en las propuestas concretas que se hacen respecto a la formación. Os pueden ayudar las siguientes preguntas:

- ¿Qué he aprendido en la primera parte de cada apartado? ¿Cómo me han ayudado a comprender estos tres rasgos esenciales de nuestra espiritualidad?
- ¿Qué aportaciones me parecen más significativas y/o necesarias para la formación en cada apartado? ¿Por qué?
- ¿Qué intuiciones y líneas fundamentales aporta una espiritualidad del corazón como la nuestra a la formación?
- ¿Qué significa formar para el amor en una Congregación que lleva el nombre de los Sagrados Corazones?
- ¿Qué actitudes debería suscitar y fomentar una formación comprometida con el lema congregacional que nos urge a 'servir al Traspasado en los traspasados'?

Momento de oración:

5. Acabamos con un momento de oración compartida en forma de petición, de alabanza o de acción de gracias a partir de lo reflexionado personalmente y/o de lo compartido en comunidad. Concluimos cantamos un canto congregacional.